

INVESTIDURA DEL DR. MIGUEL LEÓN PORTILLA COMO DOCTOR “HONORIS CAUSA” POR LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA (2-AGOSTO-2017)

El día 2 de agosto de 2017 fue investido Doctor “Honoris Causa” por la Universidad de Sevilla el Dr. Miguel León Portilla en ceremonia celebrada en el Teatro Juan Ruiz de Alarcón, Centro Cultural Universitario, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Por ser un acontecimiento de interés tanto para la Universidad de Sevilla como para la Universidad Nacional Autónoma de México, reproducimos a continuación la *laudatio* del Dr. León Portilla realizada por el Dr. Ramón María Serrera y el Discurso pronunciado por el propio nuevo doctor honorífico de la Universidad Hispalense.

LAUDIATIO DEL DR. MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Por **Ramón María Serrera**

Mas de quinientos años después de su fundación, la Universidad de Sevilla, creada Julio II en el año 1505, se honra incorporando a su nómina de doctores *honoris causa* a uno de los intelectuales de más prestigio de la República Mexicana e historiador de fama y prestigio mundial, el Dr. Miguel León-Portilla, que es miembro relevante del claustro docente de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Yo me siento orgulloso de que el Señor Rector de mi Universidad me haya confiado la hermosa tarea de presentar la *laudatio* del Dr. León-Portilla por muchas razones. En primer lugar porque fui el modesto firmante de la primitiva propuesta, hace ya algunos años, desde el Departamento de Historia de América de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla, que acogió la idea con unánime y caluroso asentimiento.

En segundo lugar porque conozco la obra y la producción científica de nuestro nuevo doctor honorífico desde hace exactamente cincuenta años. Y a él, personalmente, desde el año 1975 (es decir, hace 42 años), cuando pisé por primera vez esta bendita tierra mexicana. Ello tuvo lugar en julio de dicho año 1975, en unos momentos en los que las relaciones entre México y España atravesaban un momento muy difícil y de gran crispación, con ruptura total de relaciones diplomáticas y enfrentamiento en los foros y organismos internacionales. Era presidente de México en aquellos momentos el Licenciado Luis Echeverría y en España faltaban apenas unos meses para que falleciera el General Franco y concluyera así su dictatorial régimen político.

Para presentarme en México ante el profesor León-Portilla llevaba yo carta de presentación de mi maestro, el profesor don José Antonio Calderón Quijano, mi antecesor en la cátedra hispánicas, nacido en Puebla de los Ángeles, y que poco antes había sido Rector de la Universidad de Sevilla. Mi encuentro con don Miguel fue en la torre del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, en donde me recibió con extraordinaria hospitalidad y cariño, haciendo gestiones de inmediato para ponerme en contacto con todos los investigadores y colegas que me pudieran ayudar a completar la edición de la obra que había sido objeto de mi reciente doctorado por la Universidad de Sevilla.

Cuando aquel día de mi presentación ante don Miguel yo salí de su despacho u oficina, comencé a ser consciente de que desde entonces México era mi casa, como así fue y lo sigue siendo a pesar de que hoy yo no pueda estar con ustedes en presencia física porque mi corazón me ha jugado una mala pasada. Pero las nuevas tecnologías han puesto alas a mi corazón y por ello hoy puedo volar cruzando el Atlántico para estar con ustedes celebrando la investidura como doctor *honoris causa* del hombre que me abrió para siempre las puertas de México. Han transcurrido más de cuarenta años, yo me encuentro ya al borde de la jubilación y el profesor León-Portilla –Don Miguel, como le llamamos todos los que le queremos y admiramos- sigue dictando con plena madurez intelectual su magisterio después de atravesar la frontera de los noventa.

Gracias a él yo entré en contacto con colegas de la UNAM con los que siempre he mantenido desde entonces amistad y relación, algunos de ellos ya fallecidos. E incluso me facilitó los contactos iniciales con el Colegio de México, por entonces todavía instalado en su antiguo y céntrico edificio de la calle Guanajuato. En aquel viaje de tres meses, que sería el primero de los doce que realizaría después, tuve la fortuna de conocer a don Silvio Zavala (también doctor *honoris causa* por la Universidad de Sevilla), a don Jorge Ignacio Rubio Mañé, director por entonces del Archivo General de la Nación en su sede del bellissimo edificio del Palacio de Comunicaciones, y a don Ernesto de la Torre Villar, director de la Biblioteca Nacional, todavía situada en el antiguo convento de San Agustín. Se trata de una generación irrepetible de grandes sabios y figuras de la Historiografía Mexicana de la cual sólo nuestro queridísimo don Miguel León-Portilla nos sigue acompañando hoy y sigue dictando su magisterio.

La producción científica del Dr. León-Portilla es ingente, realmente inabarcable, ya que es autor de más de medio centenar de libros de autor, 23 de ellos reeditados y 31 traducidos a otros idiomas, más un total de más de 550 artículos científicos publicados en las más prestigiosas revistas científicas de todo el mundo. De entre los libros más importantes de su producción –y que yo quiero mencionar como ejemplo de lo dicho- está su obra ya clásica y –yo diría que legendaria- titulada *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, cuya primera edición apareció 1956, y que ha merecido numerosas ediciones (seis de ellas en la propia Universidad Nacional Autónoma de México) y traducida a otras lenguas; en este caso al inglés, al francés, al alemán, al ruso, al croata y al checo. Y a dicha obra habría que agregar otros títulos con numerosas ediciones que son aportaciones clásicas y auténticos hitos historiográficos de la producción americanista del siglo XX: *Visión de los vencidos*, con más de treinta ediciones; *El reverso de la Conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas*, con más de 30 ediciones; *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, igualmente con numerosas ediciones y reimpressiones, publicada inicialmente en Fondo de Cultura Económica; *De Teotihuacan a los aztecas. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, editada originalmente por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM; *Trece poetas del mundo azteca; su selección*,

introducción y notas a la clásica obra de Fray Juan de Torquemada *Monarquía Indiana*; su bellissimo libro *Ritos, sacerdotes y atavíos a través de los dioses*; o la originalísima obra *Los manifiestos en náhuatl de Emiliano Zapata*, con el diálogo en náhuatl de don Miguel León-Portilla con don Santiago Ávila Vázquez mantenido en Cuernavaca en 1996. Y ello, sin mencionar su estudios, realmente antológicos, sobre la Baja California y los cronistas jesuitas del exilio que desde Europa escribieron con nostalgia sobre la original e interesante experiencia evangelizadora aislacionista en la península californiana.

Hoy nadie pone en duda el hecho de que Don Miguel es uno de los más grandes historiadores del siglo XX. Y no debe extrañarnos por ello que se le haya honrado en numerosas ocasiones otorgándole los más relevantes premios y distinciones nacionales e internacionales, o que haya sido designado miembro de las más importantes asociaciones en reconocimiento a su quehacer histórico, etnohistórico y antropológico.

Catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México –que ha sido siempre y sigue siendo su casa- ha merecido más de treinta doctorados *honoris causa*, entre los que podemos destacar los siguientes: La Southern Methodist University de Dallas; la Universidad de Tel Aviv, la Universidad Autónoma de Baja California, la Université Toulouse Le Mirail, la Universidad de Colima, la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz en Bolivia, la prestigiosa Brown University en Providence, Rhode Island; su propia Universidad Nacional Autónoma de México; la Universidad Carolina de Praga; la Universidad State San Diego en California; la Universidad Iberoamericana en sus campus de Ciudad de México, Puebla, Tijuana, Torreón, León y del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente de Guadalajara; la Pontificia Universidad Católica del Perú; la Universidad de La Habana; la Universidad Central de Venezuela; la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo; la Universidad Autónoma Metropolitana; la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en Morelia; la Universidad Complutense de Madrid; la Universidad de Guadalajara; la Universidad de Alcalá de Henares; la Universidad Pontificia de México; la Universidad Autónoma de Campeche y hoy la Universidad de Sevilla, la más antigua en su fundación de todas las mencionadas.

Igualmente ha merecido el profesor León-Portilla distinciones del más alto nivel de los más diversos países europeos y americanos, entre las que seleccionamos algunas: Commendatore de la Republica Italiana; Premio Nacional de Ciencias y Artes, en Historia, Ciencias sociales y Filosofía, de México; Catedrático Distinguido por la Universidad de Alberta, Edmonton, Canadá; Presea Manuel Gamio al mérito indigenista de la Secretaria de Educación Pública otorgada por el Presidente de la República de México; Coordinador de la Comisión Nacional Mexicana del V Centenario; Embajador de México en París ante la UNESCO entre 1988 y 1992; Presidente de la Comisión de Cultura en la 26ª Conferencia General de la UNESCO; Director de la Academia Mexicana de la Historia entre 1996-2003; Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio, otorgada por el Gobierno de España en 1999; Caballero de la Orden Nacional de las Palmas Académicas, concedido por el Gobierno de Francia en 2000; Premio Internacional Alfonso Reyes; Imposición del nombre “Miguel León-Portilla” a la cátedra de Estudios Mexicanistas en la Universidad de Amberes; Premio “Bartolomé de las Casas, en su X edición de 2000 otorgado por el Gobierno Español; Premio Internacional “Menéndez Pelayo” concedido por la Universidad de Santander; Orden del Mérito Civil, en el grado de Gran Cruz, concedida por S. M. el Rey Don Juan Carlos en abril 2003; y Académico y Mención de Honor en el 52º Congreso Internacional de Americanistas celebrado en la Universidad de Sevilla en julio de 2006.

Aventajado alumno, discípulo y sucesor del gran filólogo dominador y estudioso de la lengua y la cultura náhuatl, el P. Ángel María Garibay (fallecido en 1967), el profundo conocimiento y dominio de la lengua náhuatl le permitió a León-Portilla adentrarse en el mundo indígena en su propia lengua y estudiar su universo de valores. Por eso, si hubiera que definir al profesor León-Portilla en pocas palabras en una *laudatio* como esta, yo lo haría diciendo que don Miguel ya hace tiempo que es historia viva de México porque nos puso en contacto directo con la voz del indígena, con la voz de los vencidos a raíz de la Conquista. Él ha recuperado para nosotros a ese gran sector de la sociedad indígena que normalmente son denominados como los hombres sin voz en la Historia. Porque León-Portilla ha puesto y prestado su voz al servicio del hombre indígena.

Don Miguel nos ha remitido al estudio de otra cultura, de otra sociedad distinta a la europea, que ha sido parte formativa de las sociedades hispanoamericanas. Porque él ha sido también una voz sonora en la defensa de los pueblos indígenas durante más de 60 años.

Si hubiera que buscar una expresión para definir el proceso que se inicia en Indias a raíz de la Conquista esta sería la de choque cultural, provocando una profunda desarticulación del universo cultural indígena y la ruina de sus civilizaciones.

."¡Castrar al Sol! Esto es lo que han venido a hacer los extranjeros", expresaba en este sentido la narración indígena del *Chilam Balam* en el área maya. El traumatismo de la Conquista vino marcado en este campo por una especie de desposesión, por el hundimiento del universo tradicional en el que las antiguas deidades estatales y locales parecían haber perdido su potencia sobrenatural y la vida terrenal perdía todo su sentido. Así se expresaba el indígena en México en el *Libro de los Coloquios de los Doce*, que estudiara y tradujera el Dr. León-Portilla:

“Nosotros sabemos a quién se debe la vida,
 a quién se debe el nacer,
 a quién se debe el ser engendrado,
 a quién se debe el crecer,
 cómo hay que invocar,
 cómo hay que rogar.
 Oíd, señores nuestros, no hagáis algo a vuestro pueblo
 que le acarree la desgracia, que lo haga perecer

.....

¡Déjennos, pues, ya morir,
 déjennos ya perecer,
 puesto que ya nuestros dioses han muerto!"

Son, en efecto, muy numerosos los testimonios para el caso de México, como bien ha sabido recoger Miguel León-Portilla en su obra sobre la visión de la conquista que nos dejaron los vencidos en sus fuentes literarias. Él supo estudiar este fenómeno adentrándose en el universo cultural del vencido y en la voz dolorida y desoladora del mundo indígena,

que llegó a expresarse después de la conquista en estos sencillos y sobrenaturales versos:
"Mancillada está la vida y muere el corazón de las flores..."

Hoy día resulta una obsesión entre los historiadores la búsqueda de testimonios de los hombres sin voz, de los que pasaron por la Historia en sus capas sociales más bajas y que no dejaron testimonios escritos de su mundo, de sus creencias, de sus miedos, de sus aflicciones, de sus alegrías, de su código de valores religiosos, sociales, económicos y culturales. Y por eso se ha engrandecido cada vez más la figura colosal y la producción historiográfica de este hombre sencillo y bueno, como es Don Miguel, que dedicó toda su vida a buscar, rastrear, traducir y estudiar la historia de los hombres sin voz: la voz de los vencidos. Él supo prestar su voz para que hablara el mundo indígena.

Es un orgullo para el profesor León-Portilla –lo sé porque en su día me lo confesó– ser nombrado por la Universidad de Sevilla. Pero también es cierto, que es también un orgullo para la Universidad de Sevilla contar en nuestro claustro de doctores de honor con la figura admirada y querida del Dr. León-Portilla. Particular satisfacción sentirá por ello el Departamento de Historia de la América de su prestigiosa Facultad de Geografía e Historia. Tenerlo en nuestro claustro de doctores *honoris causa* será un orgullo para todos nosotros y, sobre todo, para nuestra Universidad Hispalense, una Universidad que nació apenas unos años después de que el hombre europeo iniciara su proceso de descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

Por ello, y por todo lo dicho, solicito al Excmo. Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Sevilla, que proceda, si a bien lo tiene, a investir al Dr. León Portilla como Doctor Honoris Causa por nuestra Universidad y a entregarle los atributos de su nueva condición honorífica doctoral. Enhorabuena, querido Don Miguel. En caso de que así se proceda, ya sabe usted que desde hoy tiene usted en España una nueva casa a orillas de Guadalquivir. Muchas gracias.

DISCURSO DEL DR. MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Puerta abierta hacia el Nuevo Mundo ha sido por siglos Sevilla. Lo fue a partir del primer viaje que llevó a Cristóbal Colón a las Antillas y más tarde en tantos otros con rumbo a la Tierra Firme, en Centroamérica y a Veracruz.

Sevilla custodia en el Archivo de Indias la memoria histórica de Hispanoamérica en sus múltiples relaciones con España. Sevilla, esplendente ciudad multiétnica y multicultural tiene no pocos legados. Su universidad publicó en 1992 un bello libro coordinado por el recordado Francisco Morales Padrón en el que se destaca su herencia de cultura. Comprende ella sus etapas prerromana; romana, de la que da testimonio, entre otros, la zona arqueológica de Itálica; Sevilla, visigoda, de los tiempos de San Isidoro y luego árabe y judía en convivencia con los cristianos y hoy gran metrópoli a la que llegan millones de visitantes cada año.

En lo personal he acudido a Sevilla varias veces y he pasado algún tiempo investigando las relaciones entre España y México. Hoy vuelvo un poco inclinado por la carga de los años pero con el corazón y la mente vivos y entusiastas como las de un hijo que, al entrar en Sevilla y evocar su historia, se siente plenamente como en su casa.

Doy gracias a todos los integrantes de esta antigua, prestigiada y generosa Universidad por el honor tan grande que hoy se me va a conferir. Gracias señor Rector magnífico, doctor D. Miguel Ángel Castro Arroyo. Gran fortuna ha sido para mí que quien ha tenido a su cargo mi laudatio sea precisamente Ramón María Serrera Contreras. Ha sido él también quien originalmente me propuso para la concesión de este doctorado *Honoris Causa*.

Es él un reconocido americanista a quien debemos varias ediciones de su magna obra *La América de los Habsburgo*, editada por la Universidad de Sevilla. Mérito muy grande de ella es mostrar que durante los dos siglos en que el Nuevo Mundo formó parte del imperio y en que a partir de Carlos V estuvo gobernado por los austrios, se respetaron

las lenguas y culturas de los pueblos indígenas y se sentaron las bases que condujeron a su formación como naciones independientes y modernas.

Y nuestro colega Ramón María Serrera es asimismo un connotado mexicanista. De ello da testimonio el elenco de las obras que ha publicado referidas a Guadalajara y a la Nueva Galicia, como se llamó lo que hoy es Jalisco. Sus valiosas contribuciones en este campo le han sido reconocidas, entre otras cosas, con el nombramiento de Hijo Adoptivo de la ciudad de Guadalajara. Y también ha incursionado, nuestro colega, en la historia general de México al publicar nuevos datos sobre la figura de José Villaseñor y Sánchez, quien además de haber participado en la elaboración de las Relaciones Geográficas del siglo XVIII, contribuyó con una obra complementaria y de su autoría sobre un tema estrechamente relacionado con ellos. Ese libro ha sido publicado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Puedo decir en resumen que Ramón María Serrera Contreras de muchas formas ha allanado el camino que conduce a estrechar las relaciones entre España y la que se llamó Nueva España. Gracias a todos los miembros del Claustro que votaron en mi favor.

Como un homenaje a esta Universidad y a todos ustedes quiero externar unas breves reflexiones que tocan muy de cerca a Sevilla y a México. Versarán ellas sobre dos insignes sevillanos, Nicolás Monardes y Bartolomé de las Casas así como acerca de un leonés, fray Bernardino de Sahagún, que en muy significativa circunstancia se embarcó aquí para marchar al Nuevo Mundo.

Comenzaré con Nicolás Monardes. Nació en 1493, o sea que vino al mundo poco después del encuentro de España con el Nuevo, el continente americano. En tanto que algunos sostienen que Monardes realizó sus estudios de medicina en esta Universidad, otros opinan que ello ocurrió en la de Alcalá de Henares. Yo me inclino a pensar que, aunque haya sido alumno en Alcalá, ello no invalida el que también haya mantenido estrecho vínculo con la universidad de su ciudad natal.

Temas como este y otros tocantes a la vida de Monardes fueron objeto de especial atención al conmemorarse en 1988 en Sevilla, por iniciativa de la Real Academia de Medicina de Sevilla, el IV centenario de la muerte de Monardes. Con la coordinación de Francisco Morales Padrón participaron en esto, entre otros: Javier Lasso de la Vega y Francisco Rodríguez Marín. Un valioso recordatorio de esa conmemoración lo tenemos en la cuidadosa edición facsimilar de algunas de las obras de Monardes.

Monardes, desde muy joven, se sintió atraído por las noticias deslumbrantes que llegaban del Nuevo Mundo. De su bibliografía citaré dos obras que hasta hoy mantienen grande interés. Una es la que escribió sobre las plantas llegadas a España procedentes de las que llama Indias Orientales y Occidentales; la otra es la *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en la medicina*.

Persona a cuyo domicilio llegaban esos cargamentos de yerbas, cosa que debió llamar la atención de algunos curiosos sevillanos y sevillanas, constituían el tesoro más codiciado por él. En ambos libros habla de un conjunto de plantas y otros insumos que estudió y dio a conocer con sus respectivas propiedades farmacológicas. Nicolás Monardes cuya obra ha sido también estudiada en México por el estudioso de la historia de la medicina Carlos Viesca Treviño, es uno de los hombres que demuestran que quienes han atribuido a España poco interés por las ciencias están rotundamente equivocados.

En la ciencia y el arte de la farmacología sobresalen Nicolás Monardes y el célebre protomédico de Felipe II, doctor Francisco Hernández, natural de la Puebla de Monte Albán en Toledo. Realizó él una expedición a la Nueva España por encargo de su soberano y obtuvo allí una copiosa colección de plantas que después incorporó a una obra verdaderamente monumental. Esa obra, *Historia de las plantas de Nueva España*, ha sido de nuevo publicada en edición crítica por especialistas de la Universidad Nacional Autónoma de México en siete grandes volúmenes. Y acerca de esa empresa editorial añadiré tan sólo que en ella participaron historiadores, farmacólogos y médicos mexicanos codo con codo, con colegas españoles de los que el exilio de la guerra civil hizo esplendido

regalo a México. Y entre estos, lugar muy especial ocupa el recordado doctor Germán Somolinos D'Ardois, hondamente interesado en la historia de la medicina en México.

El otro gran sevillano al que quiero aludir es fray Bartolomé de las Casas. Bien sé que ha habido en España personas que lo han criticado y aun tenido por esquizofrénico debido a que, al hacer defensa de los indios y hablar de los agravios en su contra, sus obras fueron aprovechadas por los enemigos de España para forjar la leyenda negra.

Y quiero evocar aquí el nombre de don Manuel Jiménez Fernández, decano de los lascacistas que tan profunda huella dejó en Sevilla y tan extendida influencia entre quienes nos hemos ocupado de la persona y la obra de fray Bartolomé. Obras muy importantes le debemos, entre ellas, esos dos volúmenes de carácter biográfico con acopio extraordinario de valiosa información.

Fray Bartolomé fue un gran español que amó a España y que llevó a cabo lo que nunca tuvieron ni Inglaterra, ni Portugal, ni Francia, ni Holanda. España tuvo en él la conciencia de sus obras en el Nuevo Mundo.

Quiero imaginarme ahora al joven Bartolomé deambulando por la calle de las Sierpes con un papagayo al hombro que le había traído su padre de la isla de Santo Domingo, acompañado del joven indígena taino que asimismo por un tiempo lo asistió.

Bartolomé, nacido en 1484, viajó a las Indias acompañando a su padre en el segundo viaje que éste hizo a tierras americanas.

El mundo que conoció entonces Bartolomé hoy podemos apreciarlo mejor gracias a las aportaciones de una muy ilustre profesora en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Consuelo Varela. Al mencionarla, dejo constancia del grande aprecio que le tenemos en México por sus aportaciones.

En Santo Domingo y luego en Cuba tuvo Bartolomé encomiendas de indios pero un sermón de un fraile dominico cambió su vida para siempre. Ese fraile dominico se llamaba Antón de Montesinos. Hizo él pública denuncia de los desmanes de algunos encomenderos

y como una campana esas palabras resonaron en el alma del todavía joven Bartolomé. Decidió éste entonces renunciar a sus encomiendas y abrazar la Orden dominica. Así lo hizo y una de sus primeras actuaciones fue volver a España junto con fray Antón para denunciar ante el Emperador lo que ocurría en las Indias.

Varias veces cruzó el océano fray Bartolomé y muchas tomó la pluma para hacer denuncias. Sus obras, todas ellas son fundamentales para conocer la historia inicial del Nuevo Mundo. En la que tituló *Historia de las Indias* de la que existe una de las mejores ediciones, la que tuvo a su cuidado el canario aposentado en México Agustín Millares Carlo, y que publicó el Fondo de Cultura en México, en ella tenemos la memoria de cuanto ocurrió a partir de los viajes de Cristóbal Colón. Y más tarde, siguiendo casi seguramente un bien concebido plan, preparó su *Apologética historia sumaria* en la que compara los atributos y virtudes de los indios con las de otros pueblos de la antigüedad clásica para demostrar que los naturales de las Indias no iban a la zaga. Y al hacer alusión a esos pueblos no puedo dejar de pensar que esa misma tradición perdura en Sevilla gracias, en modo particular, al profesor de esta Universidad, Juan Gil con quien por esto estamos en deuda.

En el elenco de las obras del padre Las Casas está luego la denuncia en ese opúsculo que tituló *Brevísima Relación de la destrucción de las Indias*, con otros trabajos dirigidos a los confesores de españoles e indios en el Nuevo Mundo como en el caso de los que conoció y trató personalmente en la región de Chiapas, en México, cuando fue ahí obispo. Y como si pretendiera él dar feliz remate al conjunto de esas aportaciones, escribió luego el tratado sobre el único modo de conversión al cristianismo. Obra ejemplar es esta, en la que enfatiza la importancia del dialogo para alcanzar la comprensión. Ésta me parece ser la trayectoria tan acertada de las principales contribuciones debidas a fray Bartolomé.

Y quiero traer aquí a cuento algo que esgrimí al tiempo en que actué como embajador de México ante la UNESCO, la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia, la Educación y la Cultura. Se acercaba el Quinto Centenario. España había intentado hasta entonces en vano que en esa conmemoración participara la ONU.

Hallándome en París me dediqué a lograr que la UNESCO, a quien en realidad competía estrechamente esa efemérides, decidiera conmemorarla. Me topé con la resistencia de los países africanos. Argumentaron que no podían participar en lo que había marcado el inicio de la esclavitud de millones de ellos en el Nuevo Mundo.

Mi respuesta fue que era cierto que quien había recomendado fueran llevados de África a América muchos esclavos africanos había sido Bartolomé de las Casas. Pero en seguida añadí que, poco tiempo después, él mismo había escrito en su *Historia de las indias* que estaba arrepentido de lo que había hecho. Y lo estaba porque veía lo que estaba ocurriendo. Bartolomé de las Casas, el defensor de los indios, se convirtió también en el primer defensor de los africanos. Distribuí copia de las páginas en que Bartolomé escribió acerca de esto y pude convencer a los africanos. La UNESCO conmemoró el Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos. Esto redundó en un nuevo acercamiento entre los africanos, los hispanoamericanos y, por supuesto, España la realizadora del inicial encuentro.

Bartolomé puso en práctica el acercamiento por el camino del diálogo. Ello en particular en Cumaná, en tierras hoy de Venezuela y en el territorio de la Verapaz, en Guatemala. Sevillano universal, Bartolomé de las Casas es una de las grandes figuras de los humanistas que han hermanado a España e Iberoamérica.

Y quiero también mencionar al menos un capítulo de su vida que hasta hace poco había permanecido en el olvido. Se refiere éste al encuentro de fray Bartolomé con un indio mexicano llamado Tenamaxtle con quien convivió cerca ya del fin de su vida en Valladolid. El indio había sido enviado prisionero por promover una rebelión. Fray Bartolomé lo acogió en el convento de San Gregorio y redactó con él memoriales en su defensa. El indio le refería los agravios de que había sido víctima y Bartolomé los incorporaba a un alegato en derecho que se presentó ante el Consejo de Indias. Este interesante episodio pude documentarlo acudiendo al Archivo de Indias y al de la Chancillería de Valladolid. En ese caso, codo con codo el fraile dominico actuó en auxilio del pobre indio deportado y desposeído. Por algo será que hasta hoy en no pocas ciudades

de Iberoamérica se yergue un monumento con la efigie de este fraile dominico que, si es gloria del Nuevo Mundo, también lo es de España.

El tercer personaje del que también brevemente hablaré es fray Bernardino de Sahagún. Cuando, teniendo treinta años de edad, se encaminaba él hacia el Nuevo Mundo en 1529, pasó por la tierra sevillana. Iba acompañado de algunos jóvenes nobles indígenas que antes había llevado a España Hernán Cortés. Y también lo acompañaban otros hermanos suyos de habito franciscano. Si alguien me preguntara quién fue ese fray Bernardino de Sahagún le contestaría con muy pocas palabras. Ese fraile del siglo XVI ha recibido el reconocimiento, también de la UNESCO, que consideró públicamente, que su obra pertenece a la Memoria del Mundo. Esto lo reconoció en octubre de 2016.

Fray Bernardino, que llegó a México pocos años después de la toma de la gran ciudad de Tenochtitlan, por Cortés, se preguntó cómo podían los frailes tratar de convertir a los indios desconociendo su cultura y en particular su visión del mundo y su religión.

Para responder a esta pregunta dedicó a ello buena parte de su vida, cerca de cuarenta años. Al tiempo de una cocoliztli o gran epidemia que asoló a la Nueva España en 1545 inquirió de labios de médicos indígenas qué hacían en contingencias como ésta. Su respuesta fue que daban a los enfermos tales o cuales remedios. Fray Bernardino insistió y, al cabo de mucho interrogar, obtuvo otra respuesta: implorábamos a nuestro dios supremo Tezcatlipoca. ¿Y qué le decían?, preguntó Bernardino. Uno de los sabios respondió recitando la oración. En seguida se la transmitieron en náhuatl, su propia lengua, que ya conocía Bernardino. Éste inquirió entonces y escuchó otras oraciones y pudo así conocer las que pronunciaban en casos de hambruna, sequia y de guerra. Y luego pudo obtener otros discursos de la antigüedad prehispánica, los que se conocen como huehuehtlahtolli, testimonios de la antigua palabra. Esto acicateó su curiosidad, su anhelo por adentrarse en el conocimiento de la antigua visión indígena del mundo.

Se trasladó entonces a Tepepulco, pueblo cercano a la Ciudad de México y allí, con el auxilio de antiguos estudiantes suyos indígenas, inició sus pesquisas. Había preparado un cuestionario. Mantuvo entonces cerca de un año un prolongado diálogo con los ancianos

indígenas en su lengua, ganándose así su confianza. Y también obtuvo de ellos le mostraran sus libros de pinturas, los que llamamos hoy sus códices con caracteres glíficos.

En esos diálogos adaptados a la mentalidad indígena obtuvo centenares de folios con testimonios de esos sabios ancianos. De regreso ya al colegio en que laboraba, repitió dos veces más sus pesquisas hasta estar seguro de que los materiales que había reunido reflejaban realmente lo que habían sido el pensamiento y visión del mundo de los antiguos mexicanos. Con base en esa rica documentación escribió una obra monumental, la *Historia de las cosas de Nueva España*.

Hoy a casi cuatrocientos años de distancia esa obra y esos textos en náhuatl siguen siendo estudiados, en la Universidad Nacional y otras varias de provincia en México, en España, en los Estados Unidos, en Francia, en Holanda misma y en otros lugares. Bernardino de Sahagún es conocido entre los historiadores y los etnólogos. Quienes nos hemos adentrado en su obra reconocemos en él al padre de la moderna antropología en el Nuevo Mundo.

De modo parecido a Nicolás Monardes en la medicina o Bartolomé de las Casas en la defensa de los derechos humanos, fray Bernardino en el saber acerca del Otro y en el saber acerca de la cultura, sobresalen a la luz de la historia universal. Y como hispanoamericano diré que esos tres hombres extraordinarios han tendido un puente de acercamiento entre Iberoamérica y España.

Estas son las reflexiones que he querido compartir con ustedes. Como decía mi maestro, el doctor Ángel María Garibay, cuando ya mi cuerpo se inclina por la vejez recibo algo que me causa profunda alegría. Este reconocimiento académico me colma de gozo y satisfacción. Señor rector, señores miembros del Claustro Sevillano, me tienen ahora como uno más de los hijos de esta Universidad. A partir de este momento la Universidad de Sevilla viene a ser también mi Alma Mater, madre nutricia. Puedo decir con satisfacción enorme que he concentrado mi mirada en la tierra del Guadalquivir de las estrellas; y también he comprobado, una vez más que quien no viene a Sevilla no vio maravilla. Muchas, muchas gracias.

Ramón María Serrera
Investidura del Dr. Miguel León Portilla como Doctor *Honoris Causa* por la
Universidad de Sevilla

